ravillosa vida; cuánto, en fin, os habéis lamentado de no tener á vuestra disposición una relación extensa y circunstanciada de sus prodigiosos hechos; un minucioso inventario, digámoslo así, de los inmensos tesoros de virtudes y privilegios celestiales que á Dios plugo derramar á manos llenas sobre el incomparable Taumaturgo de Tolentino. Hoy, pues, me cabe la sin igual complacencia de poner en vuestras manos dicho inventario. Inútil como hubiera sido el pretender encontrarlo en nuestra hermosa lengua castellana, pues ni creo que exista ejemplar alguno en las librerías pertenecientes á las ediciones antiguas, ni me creo tampoco yo capaz de hacerlo de mi propia cosecha, parecióme más sencillo ir por él al extranjero y, con escasísimo trabajo y mérito de mi parte, presentaros un libro completamente nuevo para vosotras y para mí.

La obra original, escrita en francés por el P. Antonino Tonna Barthet, con la unción evangélica de quien, al glorificar y ensalzar á su biografiado, sólo pretende contribuir con ello á la mayor gloria de Jesucristo, de quien fué San Nicolás perfectísimo imitador, es verdaderamente una valiosísima joya, ora por la fervorosa elocuencia que en toda ella resplandece, ya por la especial habilidad y gusto con que, á pesar de tantos prodigios como relata, ha sabido el autor sostener el interés y oportuna variedad de estilo que debe campear en toda obra de esta índole; ya, finalmente, por el mayor número de circunstancias y pormenores que contiene de la Vida del Santo sobre todas cuantas de este asunto se han publicado hasta el presente. Como oportuno suplemento á la Vida de

San Nicolás, y que confío habrá de ayudaros á satisfacer vuestra grandísima devoción hacia el mismo, nada más conveniente que adicionar al libro el piadoso y preciosísimo Septenario que mi querido hermano y compañero de Residencia, Padre Fr. Juan Aráiz de la Purísima Concepción, acaba de traducir, para este objeto, de la lengua italiana.

Por mi parte, ¿qué os diré yo de nuevo acerca de San Nicolás? Imposible encontrar en la pléyade inmensa de sabios y santos que han ilustrado á nuestra sagrada Orden, durante su ya larguísima existencia, uno siquiera que haya influído tan directamente en conservar en ella el espíritu que, con su incomparable amor á Dios, supo imprimirle nuestro glorioso y sapientísimo Patriarca, que haya derramado sobre ella tan vivos y esplendorosos rayos de virtud y de santidad, que haya llamado hacia sí con tan irresistible atractivo los corazones y las miradas de los hijos de Agustín. Ni el martillo de arrianos y pelagianos, San Fulgencio de Ruspe, la más saliente figura de la Orden Agustiniana en los primeros siglos, el más grande teólogo y el más eminente santo de su época, según frase de Bossuet (1); ni el apóstol infatigable de la Irlanda, San Patricio, que al frente de sus intrépidos hermanos de hábito supo convertir de tal modo á sus habitantes gentiles á la fe católica, que mereció desde entonces ser llamada Irlanda la Isla de los Santos; ni el gran Duque de Aquitania, San Guillermo, insigne restaurador de la Orden en la nación francesa; ni Santa Clara de

(1) Yus (Dr. Miguel), Patrología.

Monte Falco, tan distinguida entre los santos, como nos manifiestan así los tres globulitos contenidos en la vesícula de su hiel, completamente idénticos entre sí en color, peso y tamaño, símbolo maravilloso de la Santísima Trinidad, como las sagradas insignias de la Pasión de J. C., grabadas milagrosamente en su corazón, que aun permanece incorrupto después de cerca de seiscientos años; ni la popularísima Santa Rita de Casia; ni Santa Juliana Corneliguense, instrumento providencial, elegido por la divina Sabiduría para instituir en la Iglesia la fiesta del Santísimo Corpus Christi; ni Santo Tomás de Villanueva, llamado por antonomasia «el Padre de los Pobres»; último Santo Padre de la Iglesia española, como le llama un sabio escritor francés, oráculo sapientísimo y el más autorizado confidente del emperador Carlos V en los días de nuestras mayores glorias: ninguno de éstos, á pesar de los títulos indiscutiblemente ilustres que acabo de indicar, ha logrado hacerse tan popular ni tan invocado en la Orden Agustiniana como el angélico y humildísimo Nicolás de Tolentino. Si á cualquiera de los religiosos de San Agustín se le diese la comisión de formar un catálogo de Santos de la Orden, según el mérito y prestigios que cada uno de ellos tuviese entre nosotros, desde luego puede asegurarse que, después de nuestro insigne Patriarca y de nuestra Madre queridísima Santa Mónica, iría colocado San Nicolás.

Y en verdad que nada más justo que este cariño y entusiasmo de la Orden Agustiniana hacia tan preclaro hijo: por dondequiera que abramos los anales de nuestra historia, nos será cosa fácil el

hallar algún reflejo santo, algún piadoso recuerdo del asombroso Taumaturgo. Llevado, según veréis en la lectura de su Vida, de uno en otro convento de las provincias de Italia, tan pronto como hace su entrada en cualquiera de ellos, al punto sus moradores se sienten inflamados de los más ardientes deseos de perfección religiosa, y brotan allí, cada día más hermosas, las flores de la virtud y de la sabiduría divina; de cuyo aroma atraídos, corren al claustro numerosos adoradores de Dios y desengañados del mundo, ansiosos de vestir el hábito agustiniano, logrando muchos de ellos, como el Beato Antonio de Amándula (1), después de observar en sí, hasta en los más insignificantes pormenores, la austeridad de vida y la pureza de costumbres de Nicolás, arribar á las cumbres de la perfección más eminente. A la grandísima devoción del pueblo cristiano hacia nuestro Santo, manifestada sobre todo en la grandiosa y hasta entonces nunca vista solemnidad de su canonización, se debe la creación de la Archicofradía de Nuestra Señora de la Correa, tal vez la más enriquecida en gracias y privilegios de los Sumos Pontífices, deseosos de satisfacer el gran anhelo de los fieles por verse ceñidos con la misma Sagrada Correa que había vestido el santísimo Ermitaño. Él, finalmente, acompañado de su gran Padre San Agustín y del Bautista San Juan, trajo á la soledad del claustro agustiniano á la piadosa viuda de Casia, Santa Rita, que, rechazada tres veces por las Madres Agustinas de aquella ciudad, cuya

(1) Breviario de la Orden Agustiniana, 6 de Febrero.

compañía había otras tantas veces solicitado, vióse milagrosamente transportada por dichos tres Santos, á través de fragosas montañas, é introducida en aquel venerable convento, donde aún permanece su cuerpo incorrupto después de cuatro siglos y medio, que la han colmado de bendiciones, que la han invocado con la más ilimitada confianza y la han canonizado por aclamación unánime bajo el glorioso título de *Abogada de imposibles*, tributándole el culto más universal y espontáneo; culto que acaba de ratificar oficial y solemnemente Su Santidad León XIII al inscribir, á la que hasta ahora no era más que Beata, en el catálogo de los Santos.

Uno de los más extraordinarios y característicos favores con que el Cielo se dignó distinguir á San Nicolás, fué el de la celestial música con que, en los seis meses inmediatos á su muerte, regalaron sus oídos y llenaron su corazón de inefable regocijo los espíritus angélicos; maravilla que algunos siglos más tarde había de reproducirse en otro miembro insigne de nuestra Sagrada Orden, el P. Nicolás Perea, uno de los cuatro primeros misioneros, todos ellos agustinos, que en 1543 arribaron, en la expedición de Ruy López de Villalobos, á las Islas Filipinas. Dice así la crónica hablando del P. Perea (1): «Premióle Dios nuestro Señor aun en esta vida, como al glorioso P. San Nicolás de Tolentino, lo bien que en ella le había servido y agradado: porque, seis meses antes de su muerte, cada día le daban música los ángeles tres

(1) Crónicas de los PP. Agustinos Recoletos, Vida del P. Nicolás Perea. Tomo I.

veces. La primera por la mañana, en que le cantaban la *Gloria;* la segunda al medio día, en que repetían el *Credo* con muy dulce melodía, y, en llegando al *Homo factus est,* lo decía uno solo, con voz tan sonora y suave que el bienaventurado viejo se quedaba elevado y arrobado; seguíase á la noche la tercera, etc.»

No puedo substraerme á la tentación de trasladar aquí el siguiente relato, que el P. Alonso de Villarino nos ha dejado impreso en su interesantísima obra *Solar esclarecido de Agustinas Recoletas*, en la Vida de la gran sierva de Dios María de la Fe, del convento de Eibar, la cual mereció ser regalada por el divino Esposo con las santísimas llagas de su Pasión grabadas en sus pies, manos y costado. Oigamos las propias palabras de la Venerable: «Vi en el Sagrario un Cáliz, y una Hostia encima de él, y un Niño en la Hostia. El Cáliz era de muy gran valor, y el Sagrario estaba todo alrededor muy adornado de luces, ángeles y santos, y parecióme que salía de entre aquellos santos uno que era nuestro P. San Nicolás de Tolentino, que traía una forma en las manos, y á sus lados ángeles con luces en las manos. Entendí que me quería comulgar. Yo estaba, de ver esto, no menos admirada que encogida con tan gran merced; deseaba postrarme en tierra, si pudiera; mas con el corazón lo hice lo mejor que pude; y, procurando vencer mi encogimiento y no ser cobarde en recibir tan gran merced, recibí la comunión y quedé arrobada; y estando así un rato, habiendo desaparecido las dichas cosas, vi á nuestro P. Santo Tomás de Villanueva, vestido de Pontifical, y, mostrándoseme muy alegre, se sentó junto á mí y me dijo que no

dudase de todo lo que había visto: con que estuve dos días muy consolada». Hasta aquí la Venerable Madre.

Fiel y poderosísimo abogado de aquellos que invocan su santo nombre, innumerables veces se ha dejado ver de religiosos nuestros, sobre todo en los momentos de la agonía, ya convidándolos á las mansiones de la Gloria y recreando su ánimo con la vista de amenísimos jardines, representación de los eternos verjeles del Paraíso, como al Hermano Corista Fr. Tomás de la Concepción (1); ya defendiéndolos contra las acometidas del enemigo infernal, como al angelical Hermano, también corista, Fr. Juan de San Agustín (2); ya derramando en su corazón el bálsamo del consuelo y de la más inefable alegría, como al Venerable P. Alonso de la Anunciación (3); ora, finalmente, anunciándoles de parte de Dios el pronto restablecimiento y vuelta á la salud, que ya se daba por desahuciada, como al P. Fr. Antonio de San Agustín (4).

Y ¿quién sería capaz de ponderar aquí debidamente el alto prestigio de Nicolás, como protector de nuestros religiosos misioneros, y la singular confianza que siempre éstos tuvieron depositada en su milagroso hermano? Bien sabéis, hijas mías, que, si de algo puedo preciarme en mi vida de agustino, es de pertenecer á una de las provincias dedicadas, hasta hace muy poco, á propagar

(1) Crónicas de los PP. Agustinos Recoletos, tomo IV, núm. 821.
(2) Idem íd., tomo IV, núm. 261.
(3) Idem íd., tomo I, página 429.
(4) Idem íd., tomo I, página 142.

y sostener el Evangelio en nuestro malogrado Archipiélago de Filipinas; provincia, la nuestra, cuyo Titular y Patrón es precisamente el insigne San Nicolás. Conocedor, por tanto, perfectamente del lugar que éste ocupaba entre sus hermanos los filipinos, como quien ha vivido entre ellos por espacio de once años, bien puedo aseguraros que así entre los individuos de mi amada provincia, como entre los de la del Santísimo Nombre de Jesús de nuestros Padres Calzados, el nombre de San Nicolás de Tolentino había de ser indefectible y como necesariamente pronunciado por cuantos nos honrábamos llamándole hermano nuestro, siendo tan evidente la protección del Santo que, por lo que respecta á nuestra provincia de Agustinos Recoletos, de la que yo puedo hablar, á pesar de haber tenido la administración espiritual más desparramada, difícil y peligrosa entre todas las del Archipiélago, y á pesar de ser los naufragios frecuentísimos entre nosotros, en cerca de trescientos años, hasta la pérdida de nuestro dominio en Filipinas, tal vez no lleguen á seis los agustinos recoletos que han muerto náufragos. Unas veces apareciéndose el Santo visiblemente á nuestros navegantes; otras veces en virtud de su panecillo bendito, hanse visto dominados en las naves formidables incendios, ó se han calmado las más espantosas tempestades, ó se han evadido desconocidos escollos, ó, finalmente, con fuerzas inmensamente más pequeñas, se han alcanzado, contra enemigos piratas, las más brillantes victorias (1): prodigios estupendos que, acrecentando

(1) Véanse los números siguientes del tomo IV

cada día en los fieles la confianza y entusiasmo hacia el insigne Taumaturgo, mereciéronle el glorioso título de Patrón de la Ciudad de Manila, capital de aquel Archipiélago. He aquí cómo se expresa sobre este punto nuestro sabio cronista el P. Fr. Andrés de San Nicolás, hablando de las imágenes que se veneran en nuestra iglesia de Recoletos de Manila. «La tercera (imagen) que ilustra y engrandece este convento es la de su famoso Titular Nicolás de Tolentino, el cual se ha querido dar á conocer en aquellas remotas regiones, tanto como en las otras de la Cristiandad, por los continuos prodigios y portentos que allí hace. De los que se han visto en Manila solamente, se pudiera escribir un gran volumen, y mayor de los de fuera. Baste decir que, por haberse aparecido á los navegantes en sus mayores aprietos y congojas, le han tomado por Patrón todos á una; correspondiendo el glorioso Santo á su piadosa devoción con excelsas maravillas, no dejando por eso de obrarlas en la tierra muy frecuentes: por lo cual, así españoles como indios de las Islas Filipinas, le veneran como asilo en quien tienen bien seguro su remedio» (1).

Ved, pues, hijas mías, si tengo yo justo motivo para regocijarme en el Señor al poder ofreceros hoy, en la Vida de San Nicolas de Tolentino, un ángel tutelar que vele vuestros pasos en este miserable destierro del mundo; un maestro consumado

---

de las Crónicas de PP. Agustinos Recoletos, 431, 438, 730 y siguientes 808 y 911. Del tomo I, la página 529. Del tomo III, la página 280.

(1) Tomo I de dichas Crónicas, página 442.

en todo género de virtudes, que venga á suplir mi insuficiencia en la dirección de vuestras almas; un espejo purísimo, en cuyo fondo veréis reproducidas y como condensadas todas las aspiraciones hacia lo alto, toda la abnegación en las amarguras de la vida, todo el celo por la gloria de Dios y de su Iglesia santa, todo el menosprecio de los bienes perecederos del mundo, toda la sed de penitencias y austeridades, toda la humildad y modestia en medio de los aplausos, todo el valor y fortaleza de corazón contra las embestidas de Satanás, todo el amor y ternura hacia Jesús y su Madre Santísima, todo el espíritu, en fin, de perfección evangélica que nuestro gran P. San Agustín nos ha dejado inculcados, así en su admirable Regla como en su santísima conducta.

Que el Santo benditísimo dirija una mirada de compasión hacia la Iglesia atribulada, y, como en otro tiempo logró con su valioso patrocinio salvarla del formidable cisma de más de cincuenta años, alcance también hoy del Padre de las misericordias luzca ya sobre la Cristiandad, puro y esplendoroso, el astro de la Fe, á cuya luz abran los ojos del alma tantos infelices pecadores que, ciegos por las nieblas de la pasión ó de la ignorancia, avanzan sin remedio hacia el abismo de la condenación eterna.

En cuanto á vosotras, amadas hijas mías, solamente os deseo que vuestro glorioso Hermano os conserve en los buenos deseos de que se hallan animados vuestros corazones, y haga que, cooperando cada día con mayor fidelidad á la gracia de vuestra vocación, crezca más y más en vuestro pecho el amor á Jesús y á su bendita Madre, los cua-

les vengan á recibir algún día el último suspiro de vuestra alma sobre la Tierra.

Entre tanto, no os olvidéis en vuestras oraciones del menor de vuestros Hermanos, indigno Padre espiritual de vuestras almas.—*Fr. Pedro Corro del Rosario.*

Motril 14 de Enero de 1901.

PREFACIO

El principio y la fuente de toda santidad es Jesucristo. El hombre no es santo sino á condición de imitar al Hombre-Dios en su vida de acción y en su vida de padecimientos; mas, cualquiera que, según la medida de la gracia recibida y las fuerzas de la débil naturaleza humana, haya fielmente imitado las virtudes y dolores del Salvador, habráse hecho aun en esta vida participante de su vida divina y de su poder, á la vez que perfeccionará la obra de la redención del mundo. Toda la santidad procede, pues, de este tipo divino, que es el único que puede proporcionar la reparación del pecado, el único que reune méritos suficientes para ser propuesto por modelo de perfección á la humanidad rescatada. La regla de toda santidad se halla contenida en estas

palabras: «Obra según el modelo que te ha sido mostrado en el monte».—(Exodo, XXV, 40.)

San Nicolás de Tolentino fué uno de estos perfectos imitadores de Jesucristo. Nacido en una clase superior de la sociedad, y habiendo de escoger entre la vida muelle y regalada del mundo y las austeridades del claustro, decidióse desde luego, como lo más seguro y preferible, á ocupar el lugar más ínfimo en la casa de su Dios.

Dos fases bien distintas señalan la vida de nuestro Santo, á las que nosotros nos acomodaremos en la composición de este libro. En la primera le veremos, niño todavía, alcanzar un grado de perfección muy superior á su edad: verémosle, más tarde, novicio y profeso, siendo á todos ejemplo en la práctica de las virtudes del claustro. La segunda nos presentará al religioso convertido en apóstol infatigable, lleno de celo, de vigilancia y de abnegación.

La vida de Nicolás en el claustro es un prodigio de austeridad. El demonio pretende apartarlo de la oración, recurriendo para ello á los medios más violentos. Dios asiste á su fiel servidor y lo colma de favores extraordinarios: los milagros

se suceden á los milagros, y hacen de San Nicolás de Tolentino *el más grande Taumaturgo* de la Iglesia católica (1). San Nicolás no vivió más que para el Cielo; su vida es, en cierto modo, un éxtasis continuado; sus enfermedades, que le tienen frecuentemente postrado en el lecho del dolor, acrecientan sus deseos de ver el día en que ha de salir de la cárcel de este mundo. Así, cuando la Santísima Virgen se le aparece, anunciándole que ya tocaba á los últimos días de su vida, Nicolás se muestra pronto á conformarse con la voluntad de Dios, y muere, no solamente resignado, sino también gozoso de abandonar esta tierra llena de miserias y peligros.

Para conocer bien á San Nicolás es necesario recurrir á las actas del proceso de su canonización. Allí se oye hablar á sus hermanos, á sus discípulos y á sus amigos, cuyos testimonios, llenos de sinceridad, nos pintan con los más vivos caracteres á su querido hermano y venerado maestro. Cuando uno ha tenido la rara fortuna de tomar en sus manos estos preciosos documentos, cuando uno los ha estudiado con minuciosa diligencia, en-

(1) Eugenio IV, Apud Cornel. Curt.

tonces es cuando se aprecia en lo que se merece la gran figura de San Nicolás.

La vida de San Nicolás de Tolentino ha sido escrita en latín, en español, en italiano, en alemán, en inglés, y probablemente en muchas otras lenguas. Los documentos que nosotros hemos preferido, corresponden casi todos á los siglos XIV, XV y XVI. Desgraciadamente estos antiguos autores se limitan á referir los hechos sin comentario ni explicación alguna, y aun sin preocuparse por la precisión cronológica. Nosotros hemos procurado transformar estos documentos en una historia propiamente dicha, aunque no nos lisonjeamos de haberlo conseguido.

VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

CAPÍTULO I

Infancia de San Nicolás.—Piedad de sus padres.—Viaje á Bari.—Nacimiento de San Nicolás.—Siéntese desde niño inclinado al Oficio divino y ceremonias de la Iglesia.—Venid á mí.—Su caridad para con los pobres.

Enclavado en alegre y pintoresca ladera, que domina á la pequeña ciudad italiana de San Angel *in Pontano*, se levantaba en el siglo XIII el antiguo castillo donde vino al mundo el ilustre Santo, cuya vida y virtudes nos hemos propuesto referir. Este admirable Taumaturgo, que hoy veneramos con el nombre de San Nicolás de Tolentino, pertenece á la Orden de Ermitaños de San Agustín, de la cual es él todavía la gloria más pura y el modelo más perfecto. Su santidad eminente le ha merecido el ser proclamado, así por los